# UNA SENSACIDN DE CRISIS

STUART HOLROYD

Ediciones elaleph.com

Editado por
el**aleph**.com

© 2000 Copyright www.el**aleph**.com
Todos los Derechos Reservados

Sospecho que todos los grandes conceptos psicológicos, el complejo de Edipo, de Freud, no menos que la voluntad de poder de Nietzsche, reflejan la psicología de sus originadores.

Y por esa razón, si bien no soy un psicólogo profesional, no vacilo ni un instante en denominar a la voluntad de libertad como el impulso fundamental. del hombre. Estoy convencido de que la voluntad de libertad es la que ha dado un motivo, inconsciente sino inconscientemente, a todo cuanto he realiza do en mi vida. Y creo todavía más: que una voluntad de libertad, debidamente dirigida, es la única cosa que conseguirá salvara nuestra civilización en la hora presente de su grave crisis.

Uno de los grandes errores que hemos cometido en este siglo ha sido nuestra persistencia en buscar la libertad en el plano político. *La libertad es una condición interior*. No puede ser impuesta desde arriba, y jamás

podrá existir en la comunidad si no existe antes en el individuo. Permítaseme que ponga mis cartas sobre la mesa desde el comienzo: creo que su libertad es lo que caracteriza al hombre religioso y, por consiguiente, que la voluntad de libertad en nuestra época tiene que ser expresada c expresarse a sí misma por medio de la vuelta a la actitud religiosa.

En lo que a mi propia experiencia se refiere, la voluntad de libertad no es incompatible con la voluntad de poder. Es más considero que las dos son inseparables, es decir, siempre que se comprenda que en Nietzsche, como en todos los hombres religiosos, la voluntad de poder adoptó al ego como tema principal. Y la ambición de poder sobre uno misma es lo mismo que la ambición de libertad. En efecto, podríamos decir que *la libertad es el poder sobre uno mismo.*

El saber es poder, y por lo tanto es conociéndose a sí mismo que el hombre alcanza la libertad. La fórmula "conócete a ti mismo", al ser introducida por primera vez en la religión de los griegos, constituyó un gran avance en la civilización, un gran paso adelante para liberar al hombre primitivo de su esclavitud a la naturaleza. Uno, de los grandes defectos de la religión en nuestros tiempos es que ha tendido

a echar al olvido esa fórmula. Algunas personas me dicen que el renacimiento religioso que yo considero necesario ya se está produciendo. Pero cuando me pongo a buscar indicios de ese supuesto renacimiento, lo único que me es dado ver es un extendido Billy Grahamismo, una religión que hace su llamamiento, su apelación, al interés propio del hombre, que adopta como lema las palabras "Ponte a bien con Dios" y que conquista a sus conversos amenazándoles con los fuegos del infierno y un Juicio Final, a la manera grandiosa de la Inquisición. Solamente en algunos de los artistas y pensadores de nuestro tiempo me es posible percibir un sano subjetivismo, una preocupación por los conocimientos propios, en bien de la libertad..

El hombre no nace libre, y la declaración de que lo es constituye una de las grandes mentiras de nuestra cultura humanista. Por el contrario nace sin libertad, restringido, un pequeño animalito impulsado por instintos, y solo se torna realmente hombre cuando una vez concebida una idea de libertad, lucha por realizarla dentro de sí mismo. Y ese "dentro de sí mismo" es muy importante, puesto que el hombre cuya idea de libertad consiste en separarse de su familia o librarse de sus acreedores, no tiene, eviden-

temente, la voluntad de libertad en sentido profundo alguno de la frase. La libertad, lo repito, es una condición interior. Hombre libre es aquel que tiene un firme dominio de sí mismo, que controla sus facultades y sus pasiones, que posee una discriminación intelectual que le libera de los hábitos de pensar en su época. Y es, sobre todo, el hombre que se da cuenta de que la libertad absoluta es una ficción, salvo para los dementes, y que, en efecto, la libertad es definida como un estado de tensión mantenido entre una aspiración y un factor limitador. En la libertad externa, la aspiración va dirigida a satisfacer nuestra propia obstinación, y el factor limitador es la responsabilidad ante la sociedad en la que uno vive. En el caso de la libertad interior, la aspiración va dirigida a un estado de unión con Dios, y el factor limitados es nuestra personalidad consciente, nuestro ser físico. La experiencia de estas tensiones amplía la comprensión de la existencia por el hombre, y es precisamente esa amplitud de comprensión la que constituye la libertad.

Tenemos aquí, por lo tanto, tres definiciones de libertad que equivalen casi a la misma cosa: la libertad consiste del poder sobre uno mismo, del saber, y de la amplia comprensión de la existencia. Y las tres

se reducen a una: la actitud religiosa. Ahora bien: mi argumento es que la corrupción de la actitud religiosa en nuestra época, ha despojado al hombre de su libertad, y por consiguiente le ha privado también de su profundidad. F1 hombre se ha convertido en un ser trivial. Se ha vuelto esclavo de lo hecho por, el hombre, y es llevado de un lado a otro par las ruedas de la necesidad económica que él mismo ha echado a rodar pero que no le es posible detener. Del siglo diecinueve y del Nuevo Mundo, hemos heredado un standard materialista de valores. La libertad interior es desalentada en general, y la hemos sustituido con el mito de "los pares libres del mundo", que los políticos gustan tanto de incluir en todos sus discursos. Si una persona posee poder, dinero, posesiones, se le considera universalmente un ciudadano digno. Pero, arrebátensele todas esas cosas y ¿qué queda? Una bestia. Lo que nosotros denominamos civilización no es otra cosa que una delgada capa sobre el vacío de nuestras vidas. Ya vivamos en una sociedad capitalista de gran potencia, un Estado providente, o un totalitarismo comunista, todos estamos amenazados por la misma suerte: la extinción de nuestra individualidad, la creciente trivialización de nuestras vidas y como consecuencia de esto, la pérdida de toda re-

lación con cualquier cosa que esté más allá de nosotros mismos, y desviarnos de Dios. En esta situación, únicamente la actitud religiosa puede devolver al hombre su profundidad y su libertad. En nuestro tiempo, por lo tanto, lo primero que se necesita de un escritor es que posea la sensación de crisis. Le corresponde a él una doble función que cumplir: diagnosticar la enfermedad y sugerir los medios para lograr su curación. No es de su incumbencia "reflejar la época", sino modificarla. Tiene que situarse fuera de la época, observarla en su perspectiva histórica, descubrir cuándo y cómo ha comenzado el proceso de degeneración, y atacarlo en sus mismas raíces. Y la raíz principal, como podrá constatarlo, es la cultura humanista-científica, que ha dominado el escenario europeo durante los últimos trescientos años, inyectando su veneno a todas las ramas del pensamiento: político, filosófico y estético. Descubrirá, por otra parte, que la mente racional "iluminada" que ha producido esta cultura, habrá de ser el gran obstáculo que se levantará en su camino.

A esta clase de mente pueden parecerle absurdas e infundadas las creencias del hombre religioso. El hombre de fe parece haber abdicado su posición de ser humano consciente. Cuando yo vivía mi segunda

década, sostenía también esos puntos de vista, porque todavía no me había liberado de mis hábitos humanistas de pensar, que eran heredados. Ahora comprendo que estaba equivocado. En mi libro *Emergence from Chaos* (Salida del Caos) he intentado seguir paso a paso el. proceso psicológico que conduce a la fe. La fe religiosa, ahora estoy convencida, es el estado más elevado del alma, y solamente puede ser alcanzado por medio de una paciente y persistente autodisciplina. El logra de la fe profundiza inconmensurablemente el conocimiento de sí mismo por el hombre.

Eso es; precisamente, lo que el hombre moderno necesita: conocerse a sí mismo. Necesita conocerse a sí misma como determinado eternamente, así como temporalmente, en relación a su superioridad igual que en relación al mundo. El imprescindible requisito previo de todo saber es el desvelo. La mayor. parte de los hombres están dormidos y necesitan que se les despierte. Una de las primeras tareas que tiene que cumplir el artista es la de sacudir los cimientes de la complacencia del hombre, despertarle a la comprensión de su propia imperfección. El conocimiento dé uno mismo es profundizado por la autodivisión. El hombre que está dividido contra sí

mismo aprende mucho más sobre su propia naturaleza esencial que el hombre que dirige su existencia con bastante serenidad sobre un mismo plano. El psicólogo o el filósofo que no ha pasado por una experiencia de aguda división interior, tiene que estar mal equipado para su tarea. Es como un hombre que saliera a levantar la superficie de un camino con un simple martillo, en lugar de una perforadora neumática. Le faltará la energía, la fuerza que se necesita para llegar a la profundidad del tema La energía eléctrica es producida solamente cuando uno efectúa. un contacto entre un polo positivo y otro negativo. Y esta analogía es aplicable al plano psicológico. Es al dividirse a sí mismo centra sí mismo, y al luchar constantemente para convertirse en un todo unificado, que e1 hombre genera energía dentro de sí mismo. Y es esa energía, ese poder originado por la división, lo que produce obras de arte e inspira el progreso de la psicología, la filosofía y las ciencias.

Las antiguos comprendieron perfectamente esta verdad. Heráclito fue el primero que la formuló. Consideraba a la existencia como "una armonización de tensiones opuestas", y creía que la lucha era la ley fundamental de la naturaleza. Los padres de la Iglesia adoptaron esa idea. La noción de la existencia del

Cielo y el Infierno, y del conflicto entre Dios y Satanás, es una proyección al mito de la experiencia psicológica del hombre dividido. En nuestros tiempos - y la declinación de la fe religiosa es la responsable de esto- esa división ha llegado a ser considerada como una enfermedad, antes que como el estado necesario de la existencia humana distinguida de la existencia animal. A1 hombre dividido le colocarnos etiqueta de psicópata, y le enviamos sin más consideraciones al psicoanalista para que lo "componga". Y lo lamentable es que el tratamiento es generalmente efectivo, porque lo que ocurre es que el paciente no era en modo alguno un hombre dividido. Había contraído una pequeña neurosis como resultado, quizá, de una represión, o simplemente de un exceso de trabajo. No era nada que unas cuantas consultas de diez libras esterlinas no pudieran curar. ¡Y nada se oponía a que el "paciente" se incorporase fácilmente a 1a antigua rutina! El psicoanálisis cumple ciertamente una función útil en nuestra potente sociedad. Pero es un fenómeno producido por la civilización en una cierta etapa de su desarrollo, un vástago y no una parte integrante de la estructura principal. Nosotros podemos concebir que la sociedad progrese hasta alcanzar una etapa en la cual todos los psicoa-

nalistas se morirían de hambre por falta de trabajo. El punto de vista sobre el hombre, implícito en la mayor parte de la psicología moderna (la de Jung constituye la notable excepción) es superficial y materialista hasta su esencia misma.

Cuando la custodia de la vida psíquica del hombre pasó de las manos del sacerdote a las del especialista científicamente adiestrado, se perdió algo muy importante: la comprensión de que la división no es una enfermedad, sino una cosa radical en el hombre, y lo que le distingue como ser espiritual.

La primera tarea de cualquier escritor serio de nuestro tiempo tiene que ser la de galvanizar a la gente hasta un estado de perfecta vigilia, ensanchar su comprensión de la existencia al proporcionarle la conciencia de su propia naturaleza dividida. Es tarea también del escritor injertar una nueva dimensión a la existencia humana, darle una nueva profundidad, puesto que eso es el único camino que conduce a la libertad. Y si no conseguimos alcanzar la libertad en un período más o menos breve, si no despertamos y profundizamos nuestra existencia, lamentablemente será ya muy tarde, y nos hallaremos recogiendo los despojos y preguntándonos cómo podremos unirlos nuevamente para formar un todo. El despertar con-

siste, antes que nada, en despertarse a uno mismo (despertar religioso), y sólo secundariamente en despertar para el mundo (despertar político). Este debe ser siempre el orden: primero, organizarse uno mismo, y solamente entonces considerarse suficientemente maduro para intentar la organización de la sociedad.

En la práctica, muy raras veces nos es dable ver que las personas que gobiernan son individuos religiosamente despiertos. Los mitos de la democracia y el gobierno representativo han colocado todos los controles en las manos de individuos arbitrariamente elegidos, quienes, casi siempre, carecen de ideas respecto al delicado arte de gobernar. Es por eso que van a tientas de un problema a otro, vacilando debido a su miopía, y tratando de solucionarlos lo mejor que pueden, para sorprenderse cuando se ven envueltos en una guerra o en una aguda depresión económica. El principio democrático se ha arraigado ya a estas horas firmemente en el mundo occidental, y resulta muy difícil concebir cómo podría modificarse esa situación. Pero un observador de los acontecimientos de la posguerra en los Estados Unidos, no puede dejar de advertir de qué manera las tendencias democráticas avanzan hacia el totalitarismo, aun

cuando sea una forma más benevolente de totalitarismo que el que se practica en la Rusia actual y sus países satélites. Quizá sea que, en un mundo que está partido en dos mitades y en el cual el poder es el fin al que se somete todo lo demás, el totalitarismo resulte inevitable. Pero algún error tenemos que haber cometido en alguna parte, para que ahora nos encontremos en semejante situación.

Uno de los errores fundamentales, a mi juicio, ha sido el de creer a pies juntillas en la eficacia de un sistema de gobierno representativo. Tal sistema es un mito. Ningún hombre puede representar a otro hambre. Todo cuanto puede hacer es representar su interés. Y cuando un gobierno está basado en intereses, forzosamente tiene que perder de vista los grandes y más importantes problemas políticos. El problema de la forma en que puede asegurarse el mayor grado posible de estado interior en los miembros individuales de la comunidad, pero sin dejar de mantener la cohesión social, es un problema de carácter político. Porque cuando un pueblo carece de ese estado interior, le falta la visión y el discernimiento. Y aunque concibamos a la política como una cuestión puramente prudencial, que no tiene otro objeto que no sea la supervivencia de la comunidad,

fuerza es que reconozcamos que una comunidad que carece de discernimiento se encuentra en una situación muy precaria. Esta es la clase de problema para resolver el cual el sistema de gobierno representativo está pésimamente equipado. Para resolverlo, o siquiera para estudiarlo. La alternativa consiste en reconocer que el gobierno es un arte que debería estar en las manos de una experta minoría, y al mismo tiempo hacer que el sistema sea lo más fluido posible, pero en grado suficiente como para impedir que el poder caiga en manos de los demagogos que sólo piensan en sus propios intereses. Si la minoría está compuesta por hombres plenamente maduros, es decir, por individuos que han despertado religiosamente tendrán dos facultades que, si pudieran ser hechas efectivas en el plano político, tendrían repercusiones profundas y revolucionarias: la profunda visión psicológica y un desarrollado sentido moral. La primera de estas repercusiones operaría para asegurar mejores condiciones dentro de la comunidad, mientras que la segunda aseguraría relaciones más armoniosas entre las comunidades. El ejemplo de las más grandes civilizaciones del pasado, confirma mi punta de vista: porque todas ellas fueron jerárquicas.

Puede parecer inútil atacar a una institución tan firmemente establecida como lo es la del gobierno representativo. Pero no intento realizar una campaña, en este ensayo, en favor de una revolución política. Lo único que trato de hacer es señalar cómo ciertas características de nuestra sociedad - el desarrollo del psicoanálisis, el principio democrático de gobierno, la fe en el progreso, el triunfo del racionalismo sobre la religión - implican un punto de vista sobre la naturaleza del hombre que, en su fondo, es superficial. El hombre no esta determinado por entero desde abajo, sino que lo está también, y más esencialmente, desde arriba. No es únicamente un animal social o político, un simple miembro de la muchedumbre. Es, al mismo tiempo, un individuo que existe eternamente y que es absoluta y directamente responsable ante Dios de todos sus actos. La mayor parte de los hombre modernos han perdido el sentido de su propia originalidad, y por consiguiente se han separado de Dios. Se cree comúnmente que la ciencia ha convertido a Dios en un anacronismo, pero la verdad de la cuestión es que el hombre se ha vuelto tan trivial que ya ha dejado de sentir la existencia, dentro de sí mismo, de algo que sea digno del interés de Dios. También se ha ido desvaneciendo la

creencia en la inmortalidad, no porque haya sido refutada científicamente, sino porque el hombre ya no ve razón alguna por la cual deba ser inmortal. Lo que se requiere más urgentemente en nuestros días es que los hombres recuperen el sentido de su originalidad y adquieran, con todas sus fuerzas, la *Voluntad* de ser inmortales. No es una exageración decir que la supervivencia depende de eso.

Estoy convencido de que los escritores y los filósofos pueden realizar grandes contribuciones en favor de esta situación. Verdaderamente, creo que, porque son (se supone) hombres conscientes del predicamento, la responsabilidad de hacerlo recae sobre ellos. Y pueden:

a) Hacer a los hombres más conscientes y despiertos (se permiten las tácticas de choque en esto).

b) Preservar los valores (es decir, mantener su integridad, a pesar de todo cuanto se oponga: un papel positivo pero, sin embargo, estático).

c) Definir de nuevo, con todo vigor, los valores (tarea del filósofo).

d) En lugar de mostrar lo que es el hombre, mostrar lo que puede llegar a ser (tarea del dramaturgo y el novelista o cuentista).

Es una innegable distinción de Bernard Shaw, que consiguió hacer todas esas cuatro cosas. Varios otros escritores han trabajado activamente de una manera u otra. Pero esa actividad necesita ser intensificada ahora. Precisamos una generación de escritores y pensadores que combinen el vigor intelectual y la clarividencia con la capacidad artística, la imaginación y la capacidad creadora. En el momento en que escribo estas líneas, ignoro lo que los demás colaboradores de este libro tendrán que decir, pero yo confío que algunos de ellos mostrarán que pertenecen a esa categoría que he mencionado.

Nuestra necesidad actual no es tanto volver a la religión como descubrirla y crearla de nuevo. Esa es una tarea que tenemos que fijar para nosotros mismos. La mayoría de la gente ha perdido toda concepción del significado de la religión. No hace mucho, me hallaba en un cine Odeón un domingo a la tarde. Incluida en el programa (sin bombo alguna) había una película corta titulada "Un pensamiento para hoy" (*A thought for today*) : tres minutos de moralización semiembriagada. Le pregunté al administrador del cine quién filmaba esas películas a la vez que le decía que, a mi juicio, eran un insulto para la inteligencia del auditorio. Me explicó que J. Arthur

Rank es "un metodista muy vehemente", y agregó que era la primera persona que se le había quejado de la película. La mayor parte, supongo, la considerará, como a las demás de su clase, muy edificante, y las tolera como una especie de concesión ala religión. Mientras tanto, J. Arthur Rank goza la cálida sensación del que no hace sino el bien. No dudo ni por un momento que filma esas películas con la mejor buena fe. Pero esa publicidad a supuestos hermosos sentimientos, como si se tratase de una nueva marca de cereal para el desayuno de los niños, demuestra precisamente lo que yo quiero decir cuando afirmo que la mayor parte de la gente de hoy, no tiene la menor concepción del significado de la religión. El poder de atracción que sobre la multitud ejercen Billy Graham y otros caballeros de la Cruz, es también otro signo. Y el hecho de que la Iglesia aprueba los métodos de Graham y hasta ha organizado un sistema continuador en conjunción con él, ratifica de manera definitiva mi punto de vista. La religión necesita una completa refección y redefinición. Es necesario que salgan a la luz un número de individuos que son legítimamente hombres religiosos, que han sentido y sienten profundamente

y que son capaces de enseñar con su ejemplo lo que es verdaderamente la vida religiosa.

Los obstáculos que se oponen a que el hombre moderno común llegue a alcanzar algún día la actitud religiosa, son numerosos. Tres siglos de cultura humanista nos han legado una carga de ideas y actitudes que muy poca gente se decide ni siquiera a poner en tela de juicio, y que son completamente incompatibles con la actitud religiosa. Podríamos citar como ejemplos, el liberalismo, el dogma de la igualdad, la fe en los métodos científicas, el mito del progreso y la idea de la perfectibilidad del hombre. Todos nosotros hemos crecido en el clima creado por esas ideas, y ahora nos resulta difícil, por no decir imposible, librarnos de ellas. Pero tenemos que hacerlo de alguna manera, si hemos de sobrevivir como algo más que una raza de pequeños animales ingeniosos.

Los errores más popularizados respecto a la naturaleza de la religión, que son tan comunes en nuestra época, pueden ser investigados en su casi totalidad, rastreando sus orígenes al mismo error fundamental. La gente confunde la actitud religiosa con sus consecuencias. Transfiere las emociones que es muy apropiado que sienta hacia el hombre religioso, con las acciones que cree son características del

mismo. En esa forma, la religión se convierte en amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, realizar buenas obras, ser tolerantes o caritativos. Si se les preguntase al respecto, la gente, indudablemente, reconocería que hay un cierto estado del alma que es anterior a esas acciones y del cual las mismas son expresión, pero por regla general son la, acciones las que tienen in mente cuando hablan de la religión, y no la actitud fundamental de la cual proceden. En otras palabras: la religión ha perdido su estado interior. Y eso significa que se ha convertido en nada, ya que no es posible pensar en la religión sin estado interior. Es imprescindible conseguir que la gente se dé cuenta que las normas de conducta que se ha llegado a creer características del hombre religioso, no son, en modo alguno inevitables. Un hombre puede no ser caritativo y mostrarse intolerante, concentrado en sí mismo, a pesar de lo cual puede ser profundamente religioso. La semilla de la vida religiosa es lo que yo he denominado actitud religiosa. En lugar de malgastar nuestras emociones de reverencia en varios frutos incidentales de esta actitud, debemos trabajar para comprenderla y realizarla dentro de nosotros mismos. Tal comprensión produce una profundidad de discernimiento

psicológico del cual la mayor parte de los hombres parece tener miedo. Es un discernimiento que sacude los fundamentos de la vida y nos exige que reorientemos por completo nuestras vidas: una cosa muy conveniente para nosotros.

Sin embargo, creo que en los actuales momentos es absolutamente necesaria esa radical reorientación. El hombre necesita conocerse a sí mismo más profundamente, a fin de vivir en forma más humana, es decir, en más de un plano. Y es tarea del escritor hacer que el hombre se comprenda a sí mismo de esa manera. En *Emergence from Chaos*, he tratado de definir la actitud religiosa y rastrear su génesis. En mis próximos dos libros (sobre los cuales hablaré más adelante) me empeño en estudiar más detalladamente la psicología de aquella actitud, en sus diversas manifestaciones, y de esa manera ampliar y profundizar a la vez la definición de la religión por medio d° un regreso a su centro dinámico en la psiquis humana.

Es en esto en lo que debe comenzar nuestra labor de recrear la religión: en nuestro más íntimo ser. Comparados con nosotros, los evangelistas son como un curandero que aplica una loción al cuerpo a fin de curar una enfermedad interna profundamente

arraigada. No consiguen llegar a la raíz de la cuestión. Nuestro método tiene que ser el del hábil cirujano. Tenemos que disecar nuestra experiencia con una completa objetividad, criticarnos sin piedad a nosotras mismos, hasta que nos hayamos liberado totalmente de las ilusiones con que nos encadena la vida en este mundo. Tenemos que conseguir acceso a ese centro dinámico que está dentro de todos nosotros, aunque dormido en la mayoría, y hacer que funcione a todo vapor. Tenemos que aprender una vez más, y practicar, esas disciplinas que los hombres religiosos de todas las épocas y persuasiones han encontrado tan efectivas para conseguir la liberación de esas energías más profundas, que la mayor parte de los hombres ni siquiera sospechan poseer.

En 1906, William James escribió un ensayo titulado *The Energies of Man* (Las Energías de los Hombres), en el cual abogó por el estudio de lo que denominó "dínamo-génesis", es decir, de las fuentes y límites del poder humano. El mismo año, pronunció una conferencia ante el Club de Psicología de Harvard, en la cual delineó sus ideas respecto a la "psicología funcional". Esta rama del tema, dijo, debe estudiar esas energías que operan en la vida religiosa del hombre y tratan de elaborar una técnica

para su desarrollo y control. James, al igual que otro eminente fisiólogo, el doctor Alexis Carrel, creía en la posibilidad de que la ciencia llevase a efecto una "reformación del hombre". El segundo, en su libro *Man, the Unkown* (El Hombre, ese Desconocido), editado en 1935, llevó más adelante la labor de James, y sentó los fundamentos para e1 desarrollo de una ciencia comprensiva del hombre. Otro pensador que, mientras tanto, había estado trabajando sobre líneas similares, fue el psicólogo y filósofo alemán Karl Jaspers, que posteriormente habló sobre su psicología en *Existenz Clarification.* Explicó: Esta psicología no era ya meramente una declaración empírica de los hechos y leyes de los acontecimientos. Era un perfil de las potencialidades del alma, que alza un espejo al hombre, para mostrarle lo que puede ser, lo que puede lograr y hasta dónde puede llegar".

Estos tres pensadores científicos eran hombres profundamente religiosos. Fueron los verdaderos exploradores de una actitud que tiene que extenderse en nuestro tiempo, y sentaron las cimientes para la labor que el escritor. de mi generación deberá continuar. Lo que tenían en común fue una fe en la capacidad del hombre para cambiarse; y lo que los tres

implicaron fue, que *si no cambia, tiene que perecer inevitablemente.*

La gente está hablando continuamente sobre el proceso histórico y las características de la declinación y caída de la civilización, como si las mismas fuesen leyes naturales inexorables, fuera de todo control de la voluntad humana. Pero, una cosa que no parecen tener en cuenta, es que nuestra civilización está científicamente más avanzada que cualquiera otra de las anteriores, y por lo tanto tenemos un conocimiento sin precedentes de las causas de su decadencia. El hombre moderno tiene la salvación en sus propias manos; en un grado que jamás la tuvieron los miembros de las civilizaciones anteriores. No es posible diagnosticar nuestra enfermedad y ése, como es natural, constituye el primer paso hacia su curación.

Es concebible que por medio de un supremo esfuerzo de voluntad en los días que corren podamos alcanzar una forma más elevada de civilización que la que hemos tenido en cualquiera otra época de la historia de este mundo.

El problema es, claro está, la manera en que debemos emplear esa voluntad. El "rebelde sin causa", el hombre con mucha voluntad pero sin dirección,

se ha convertido en una figura standard de la literatura contemporánea. Debemos tener cuidado de distinguir entre la voluntad desafiante y la voluntad religiosa. La energía de voluntad del hombre religioso se genera, por así decirlo, en una corriente continua, desde el centro dinámico de su interior. En cambio, la del "rebelde sin causa" se expresa en explosiones de petulancia, es negativa en su esencia, y no forma, en el mismo grado, una parte integrante del carácter del hombre. Los hombres que poseen una voluntad desafiante parecen surgir siempre cuando una civilización se encuentra ya en sus últimos días, o sea en la agonía. En esos últimos días de las culturas romana y griega, las escuelas filosóficas de los estoicos hicieron su aparición, confirmando así mi aserto. Sartre, Camus y ciertos otros existencialistas franceses son, naturalmente, los grandes estoicos de nuestros días. El "rebelde sin causa" no posee la dignidad que caracteriza al estoico. El estoicismo es el último baluarte en la retirada de la fe, en el cual el espíritu humano se atrinchera por última vez y expresa con entera firmeza la validez de los valores humanos. Es en eso que nos resulta posible distinguirlo de la simple rebelión: porque es desa-

fiantemente positivo, en lugar de ser desafiantemente negativo.

El estoicismo es una especie de canto de sirena para el hombre pensante de nuestros días. Se trata de una actitud filosófica sumamente seductora, puesto que contiene, en su mismo centro, una profunda y compulsora verdad: la verdad de que el hombre se hace a sí mismo y, en virtud de sus acciones en el mundo, da forma a un ego que no había existido antes y que constituye toda la justificación de su existencia A1 igual que la auténtica actitud religiosa, este punto de vista acentúa la eficacia de la voluntad, pero esencialmente no es otra cosa que la filosofía con la espalda contra la pared. Conduce a un extremo subjetivismo, a que el individuo alimente su propia salvación y diga: "¡Que se vaya al infierno todo el resto del mundo!" Implica una negación de la existencia de cualquier propósito comunal para la humanidad, y de esta; manera no le es posible aportar contribución alguna a la tarea de salvar a una civilización. La presencia de Dios en un sistema filosófico surte el efecto de hacerlo fluido, comprensivo y vivo. Cuando se hace a un lado a Dios, la filosofía se vuele rígida y se convierte en estoicismo. En el pasado, el estoicismo demostró que era la última explosión de

la grandeza humana, en una civilización que estaba a punto de recaer en el barbarismo. El desafío de nuestra época, en cuanto se presenta en términos filosóficos, es ofrecer resistencia al canto de sirenas, del estoicismo, superarlo y entrar así en una nueva era de fe religiosa.

Para los hombres más modernos, el estoicismo habrá de ser una etapa en su camino hacia la fe. Cuando un hombre despierta a la conciencia de nuestra decisiva situación histórica y de su propia responsabilidad personal, no tiene más remedio que hacer frente al problema de cómo deberá emplear su voluntad. Y su primera respuesta debe ser profundizar su estado interior, su conocimiento de sí mismo. Es en esto que los tipos rebeldes caen en el error: en lugar de penetrar en sí mismos, dan puntapiés vanamente contra los remordimientos. Ya he dicho antes que el hombre tiene que despertar a sí mismo antes que despertar al mundo, y ese período de autoabsorción habrá de producir, probablemente, una actitud estoica ante la vida. Esa actitud constituye un gran paso adelante desde la condición de semiconciencia en la cual vive la mayor parte de la gente, y el paso que convierte al hombre estoico en un hombre de fe

resulta bastante natural, cuando se le hace considerar las consecuencias de su posición.

Esta, por lo menos, ha sido mi propia experiencia. Pasé del escepticismo total, atravesé por una especie de estoicismo, y emergí a la fe. Me aventuro a generalizar la experiencia, en parte porque he observado una norma similar de desarrollo en personas a las que conozco y asimismo en ciertas figuras literarias contemporáneas, pero en parte también porque creo que mi punto de partida fue típico de los de la mayoría de las hombres de hoy.

E1 medio ambiente de mi hogar, en lo que se refiere a su religiosidad, era metodista. No tardé en rebelarme contra los cenagosos hábitos de pensar, y la ética sentimental de esa rama del protestantismo, que es la más baja, y me proclamé ateo. El primer despertar de algo que pudiera ser considerado un sentido religioso en mí, fue producido por la lectura de los románticos, en especial Keats y Wordsworth. Me pareció que el vago sentido de infinito que ambos transmitían, era un sustituto adecuado para la ridícula creencia en Dios. Suscribí la religión del arte, y me sedujeron los estetas. Me volví orgulloso de mi humanismo, y me creí "iluminado". Pero entonces leí a Dostoievski y el libro de Berdiaeff sobre Dos-

toievski, así como *Variedades de Experiencia Religiosa* de William James. Leí todo eso junto, durante una enfermedad, y al reflexionar, llegué a darme cuenta que hacía años que me encontraba intelectualmente enfermo, constipado. por un montón de ideas y actitudes que no eran mías pero que yo había adoptado indiscutiblemente porque formaban parte de mi herencia cultural. Entonces me di cuenta de que el humanismo - o por lo menos la clase de humanismo que era estética y se consideraba a sí misma como sustituto de la religión- era una actitud enfermiza que había producido una raza de hombres espiritualmente decrépitos. Las discusiones entre Alyosha e Iván Karamazov respecto a la existencia de Dios y el significado del bien y el mal, me parecieron mucho más reales y vitales que las laboriosas discusiones respecto a la ética de los actos sociales, que yo estaba acostumbrado a oír y en las que había tomado parte. Se abrió ante mi cerebro una nueva dimensión de existencia, y al mismo tiempo nació en mi interior una nueva fuerza.

De esta manera, mi primer enfoque de la religión fue psicológico. Comprendí que ciertos estados de la mente, ciertas fes apasionadamente sostenidas, investían a la vida de un significado más profundo, y

proporcionaban al hombre una visión más penetrante de su propia naturaleza y de la del mundo, que la que cualquier enfoque racional o filosófico de estas cuestiones pudiera darle jamás. Vi, también, que la vida religiosa fomentaba en los hombres ciertas virtudes que yo apreciaba sobremanera: la facultad creadora, la propia abnegación, la enérgica unidad de propósito, el vigor intelectual y la fuerza de voluntad. La religión era simplemente la vida en su más alto grado de intensidad, y sólo por esa razón constituía el nivel de existencia más auténtico del hombre. Cuando un hombre vive intensamente, la cuestión de la justicia de la fe se convierte en una cosa trivial, pues sabe que no es la razón la que es esencial en la vida, sino la voluntad.

Vivir intensamente significa vivir conscientemente. Y lo que marca a la vida consciente es que se orienta hacia el futuro. Cuanto más distante se halle el futuro, mayor grado de conciencia se necesita para comprenderlo. Cuando el futuro es concebido como situado más allá de la vida, es decir, cuando 1a vida está orientada hacia la inmortalidad, entonces uno adquiere lo que podría llamarse apropiadamente existencia religiosa.

Fue teniendo en la mente estas ideas básicas que me abogué a la tarea de escribir mi primer libro, *Emergence from Chaos*. El caos es lo inconsciente. Es su intento de salir más y más lejos de la condición animal de la existencia inconsciente; lo que distingue al hombre como ser espiritual. Yo investigué este desarrollo psicológico por medio del estudio de las obras de seis poetas modernos, tomando a Dylan Thomas como el menos consciente y a T. S. Eliot como el más consciente de los seis. El libró fue, así, una especie de *Variedades de Experiencia Religiosas literarias*, con una sazón dogmática. El esquema que determinó la elección de los poetas y el orden de su aparición, fue psicológico, y reflejaba la trama de mi propia experiencia. La idea de la división, de la cual he hablado, ya, era central en el libro. Tanto Yeats como Rimbaud, fueron hombres divididos, y, para mí, sus conflictos interiores iluminaron la condición humana religiosamente determinada, en una forma que los trabajos de los poetas de fe asegurada, no podían haberlo hecho. La división interior elevaba la conciencia del hombre. Era la lucha entre la conciencia - y la fe la que generaba la energía creada más intensamente cargada. El sacrificio de la razón era el acto más apasionado que podía llevar a efecto el

hombre. Y era, paradójicamente, la marca de su libertad.

Los problemas de la conciencia y la libertad son, como es natural, problemas de filosofía. Pero cuando acudí a los filósofos, descubrí que, con unas cuantas excepciones, no tenían el menor interés por los problemas, según éstos se presentaban a mi mente. Para ellos, no eran problemas de existencia, que ejerciesen una profunda influencia sobre sus propias vidas personales, sino simples problemas de análisis, a cuya solución se abocaban solamente en las horas en que estaban filosofando. Comprobé que toda la tradición de la filosofía, desde Descartes, resultaba repelente a mi propio temperamento y creencias. La definición del filósofo, como hombre que lo duda todo, me pareció completamente equivocada. El filósofo debería ser, ciertamente, el hombre de fe, el hombre de visión. Resolví hacer cuanto estuviese a mi alcance para sacudir la seguridad de la escuela filosófica del análisis lingüístico, que todavía predomina en las universidades inglesas y norteamericanas. Opiné que lo que faltaba en el clima intelectual inglés era el sentido o sensación de crisis: no tanto de la crisis política sino más bien de la crisis más fundamental en la existencia humana. La gente

no tenía conciencia del hecho de que el hombre estaba perdiendo gradualmente su estatura, mientras se iba reduciendo el radio de su vida emocional en forma incesante. Esto tenía que serles explicado en forma clara. Lo que se necesitaba en Inglaterra, era un movimiento literario-filosófico existencialista.

Ninguna filosofía que esté satisfecha con el hombre tal como es, puede ser considerada digna de tal nombre. La verdadera filosofía exige imperativamente que el hombre sea algo más. Nos alcanza una advertencia y un reto. Vuelve los ojos del hombre hacia adentro de sí mismo, a su alma, y revela, muy a menudo que el hombre no posee ni ego ni alma. La advertencia es: Ser grande, o perecer. El resto es: Poséete a ti mismo, compréndete a ti mismo, desarróllate a ti mismo. Apunta al potencial más elevado de la existencia humana, al auténtico ser. Lanza al ideal de la vida humana más allá de la vida humana, y exige al hombre que se oriente en relación a ese ideal. La filosofía no es adecuadamente definida como análisis: es un impulso hacia un más profundo conocimiento de uno mismo, hacia un mayor poder sobre uno mismo y sobre la naturaleza, hacia una vida mayor, puesto que la vida consiste de poder.

Para los filósofos positivistas lógicos, esto sonará como una herejía. Para mí, son ellos los que han "tragado" la mayor herejía de los tiempos modernos: la de la supremacía de la ciencia y el método científico. El fin que persigue la ciencia, es promover los conocimientos. El fin principal de la filosofía no son los conocimientos, sino la vida. El hombre puede pasarse sin conocimientos, pero no puede prescindir de la acción. Su primera necesidad es vivir con propósitos e intensamente. Y la filosofía, al iluminar los diversos planos de la existencia y señalar su propósito, le permite satisfacer esa necesidad.

Podemos distinguir tres clases de filosofía: la epistemología, que pregunta: ¿Cómo puedo saber?; la metafísica, que pregunta: ¿Qué puedo saber?; y la filosofía existencial, que pregunta: ¿Cómo puedo vivir más?; ¿cómo puedo ahondar en la corriente vital de la vida, gata así existir más real e intensamente? Es porque ignoran estas últimas preguntas que la mayor parte de los filósofos profesionales modernos se han trocado en meras colaboradores del hombre de ciencia, en analizadores de los términos científicos. Pero una filosofía en la cual no entra la propia realidad del filósofo, es una cosa oscura. Producida por hombres sin egos ni profundidad, no

puede tener ni substancialidad, ni significado, para un hombre que tiene la voluntad de conocerse a sí mismo en ese plano de su ser en el que entra en relación con lo trascendental.

La filosofía que cuenta en verdad, tiene que ser consciente de sí misma en su situación histórica. La situación contemporánea ha producido las filosofías supuestamente rivales del existencialismo y el positivismo lógico, la primera de las cuáles es eminente e históricamente consciente, mientras la segunda, no lo es en modo alguno. Pero el mundo moderno no quiere tolerar neutrales. O bien uno está envuelto en el proceso degenerativo de la civilización, o se hace a un lado y se opone a él. Lo que une a los así llamados existencialistas, es el hecho de que se dan cuenta de ese proceso degenerativo, a pesar de qué su oposición al mismo adopta formas distintas. Pero los positivistas lógicos son ciegos a ese proceso, quiero decir. como filósofos, no como hombres (aunque, ¿quién puede saber lo que piensan como hombres, toda vez que ellos no se dignan decírnoslo?). Bertrand Russell es, claro está, la excepción, pero dice enfáticamente que sus trabajos sobre política, sociología y moralidad, no tienen nada que ver con su actividad filosófica.

Esta reducción en el radio de acción de la filosofía, es grosera, y no tiene la menor justificación histórica. La filosofía emergerá en cuanto uno hace que un hombre piense en su propia naturaleza esencial y su relación con el universo; la filosofía profesional, cuando un hombre profundamente sofisticado excogita sobre los refinamientos de este problema fundamental.

El positivismo está bien definido en las líneas de W. B Yeats, sobre el credo del partido Whig (liberal):

"Una mente de esa clase niveladora, rencorosa, racional, que jamás miró con los ojos de un santo o con los de un ebrio".

El empleo por Yeats de la palabra "niveladora" nos recuerda la acusación de Kierkegaard contra el "proceso nivelador" que previó habría de conducir a la desespiritualización del hombre.

El positivismo de Augusto Comte, su *Religión de la Humanidad*, y la celebración del "divino término medio", hicieron avanzar ese proceso, y fue sobre fundamentos establecidos en parte por Comte, que el Círculo Vienés - el grupo de filósofos que formuló el positivismo lógico en 1928- basó su filosofía. El positivismo de Auguste Comte, su *Religión de la Humanimito* de la igualdad, ha atenazado por la garganta.

Aborrece el individualismo. Reduce al hombre a una función y le despoja de su humanidad esencial. En la ética, produce el utilitarismo, en la psicología un ingenuo empirismo. Desconfía de las facultades de la imaginación y la intuición, y sólo se deja guiar por la luz de la razón. E1 filósofo positivista es un hombre modesto. No tiene conciencia de vocación elevada alguna, y si se le pregunta cómo debe conducir su vida un hombre, o alcanzar la mayor plenitud posible de vida, se quedará confundido y lo enviará a uno al sacerdote o al psicoanalista. La pasión más honda que conoce es la pasión por la verdad, pero para él la verdad es sinónimo de corrección, exactitud. Las grandes cuestiones insolubles que han preocupado a la humanidad desde los albores de la conciencia, las incluye en un mismo montón corno metafísicas y, por lo tanto, sin sentido, y las destina al cubo de desperdicios. En resumen: carece de visión. Es simplemente otra mediocridad más en un mundo de mediocridades, un mundo que se está suicidando lentamente, ahogándose a fuerza de mitos de igualdad y progreso. No se da, o no quiere darse cuenta que la función del filósofo, en nuestra época, no es describir los límites del saber, sino mostrar al hombre lo que puede llegar a ser.

Se le preguntó a un existencialista francés, qué pensaba de la aguda crítica de un positivista lógico sobre sus ideas. Y respondió: "¡Es una vaca!" Si uno invierte la situación y el existencialista se torna crítico, el positivista lógico, es igualmente inflexible y dice que aquél es ilógico y emocionalmente parcial. La falta de un terreno común entre los dos, ha reducido la crítica a insultos, y actualmente en la Europa Occidental, hay dos filosofías insulares frente a frente, y cada una de ellas es incapaz de contribuir con algo al desarrollo de la otra, porque los pensadores de las dos escuelas están temperamentalmente separados por un inmenso abismo. Esto es muy lamentable, puesto que el gran filósofo del futuro, tendrá que combinar los elementos positivos de ambas escuelas. Tendrá que poseer a la vez el rigor intelectual y la claridad del positivista lógico, y la profundidad de visión y agudeza psicológica del existencialista. Mis simpatías propias y mi parcialidad temperamental, me sitúan decididamente en el bando de los existencialistas, pero, por ser un pensador de una generación posterior, y por consiguiente no aficionado a una ni otra escuela, no puedo dejar de reconocer que, deshaciéndose de una buena cantidad de desperdicio filosófico, los filósofos analíticos ha-

brán hecho un gran servicio a los pensadores creadores del futuro. Sócrates fue el pensador existencialista *par excellence*, pero en él la facultad crítica y analítica estaba sumamente desarrollada. Lo mismo puede decirse de Alfred North Whitehead, un filósofo de nuestro tiempo que, por hallarse entre las dos escuelas, no ha sido suficientemente apreciado por ninguna de ellas. A través de toda la historia de la filosofía, el temperamento visionario ha estado en conflicto con el analítico, el místico coa el racional. Es cuando este conflicto se ha librado en el interior de un hombre, que se han producido las filosofías realmente grandes, en las cuales, se unió la profundidad a la lucidez, y la comprensión fue aumentada por la visión. En el siglo veinte, este conflicto ha dejado de ser subjetivo y creador, y ocasionó una guerra fría, entre las dos escuelas. La necesidad más urgente de la filosofía en los momentos actuales es que el conflicto sea devuelto al plano subjetivo.

En la filosofía, como en el arte y muchos otros sectores de la vida, no se alcanza progreso alguno más que en virtud de la tensión creadora en la cual viven algunas personas, que son aquellas cuyas mentes son capaces de comprender y aferrarse n las polaridades de la existencia. "Progreso" es, natural-

mente, un término equívoco, y el discípulo de Russell me contradecirá, y dirá que el progreso es posible únicamente por medio de los escuerzos de un número de filósofos de mentes inclinadas a lo, científico, que resuelven "dividir y superar" los problemas de la filosofía, y se conforman can trabajar lentamente hacia la verdad, por medio de hipótesis y experimentos. Yo respondo que tal progreso, que supone reducir al hombre a una mera función en beneficio de los conocimientos, es el mito más pernicioso de nuestro tiempo. El único progreso real que es posible en la actualidad, es una profundización general del estado interior. La filosofía no es una ciencia. El filósofo que se enorgullece de ser un buen buscador desinteresado de la verdad", es una figura ridícula, puesto que la condición previa esencial para la comprensión de la verdad es el interés, estar envuelto en el flujo de la vida. .El método científico en la filosofía, puede conducir al descubrimiento de nuevas realidades. Pero una realidad no es una verdad propiamente dicha (frente a la verdad sobre algo, que es la realidad), es una condición del vivir. No hay cantidad de pensamientos que me permita comprender la verdad, a no será que concentre todos mis esfuerzos en vivir en la verdad. Y

vivir en la verdad, es vivir dinámicamente en un estado de tensión. *Tengo que arraigar firmemente en mi conciencia las polaridades de la existencia, puesto que la única manera en que pueda alcanzar la verdad es por intermedio de ellas.*

Esta es mi creencia más fundamental. Podría, quizá, ser reducida a términos banales, diciendo que el filósofo tiene que ser un individuo bien equilibrado. No me importaría eso, siempre que se entendiese que los extremos entre los cuales el filósofo tiene que mantener su equilibrio, son infinitamente más anchos que los que determinan al hombre normal. Si representamos mentalmente a la existencia como extendida entre los polos, por decirlo así, de la desesperación, sin esperanzas y la extática afirmación de la vida, con una serie de polos relativos que se dirigen hacia adentro, desde los extremos del centro en el cual se encuentra el sujeto existencial, entonces tenemos una medida para la grandeza del hombre, porque éste es más grande cuando su comprensión abarca la extensión mayor de existencia y cuando, aunque tal vez vacile entre un extremo y otro. encuentra finalmente su equilibrio en un estado de tensión dinámica. En el filósofo, esta tensión adopta muchas veces la forma de un conflicto entre la razón

y la visión, el intelecto y la intuición. La resolución de este conflicto, da como resultado la atrofia de la mente y la pérdida de la comprensión de la realidad. El intento de resolverlo, no obstante, es la condición misma de la creatividad, puesto que el hombre es más creador, y por lo tanto más plenamente, él mismo, cuando el conflicto interior ha llevado la conciencia a su grado más alto de intensidad.

La creatividad es una de las piedras de toque de la grandeza en mi concepción de la filosofía. El estado interior es la otra. En la creatividad y en el estado interior, el hombre se realiza a sí mismo como espíritu, y se supera como criatura. Este y no otro es el propósito definitivo de la vida. El filósofo que no es creador ni se posesiona de sí mismo en estado interior, es un fraude, una mediocridad. jamás el pensador creador quien, por muy diversos que sean sus discernimientos, por muy confusa que sea su expresión, hace avanzar la evolución espiritual de la humanidad. Si no se confina en los límites de la filosofía oficial, no hay razón para que debamos abstenernos de denominarle filósofo. Extiende esos límites. Hace una filosofía que es lo que realmente debe ser: una ciencia comprensiva del hombre.

No es sorprendente que el pensador creador se vuelva hacia la novela y la obra teatral, como medios de expresión más adecuados que el ensayo académico. Su ocupación no es analizar, sino comunicar un sentido de vida. Su propósito no es desviar o ejercitar el intelecto de sus lectores, sino despertarlos a una conciencia del carácter dramático de la existencia, la peligrosidad de la vida humana, el engaño de todas las ideas. de seguridad, a fin de que les sea posible vivir más auténticamente, de pasar la vida, como dice Unamuno, de tal manera que les sea posible merecer la inmortalidad. Para el cumplimiento de tal propósito, la novela y el teatro son los vehículos ideales de expresión. La esencia de la existencia es el drama. El hombre alcanza su mayor elevación por medio del conflicto. En la ficción de Dostoievski, Kafka y algunos de los existencialistas modernos, se han hecho descubrimiento que resultan tan significativos como cualesquiera a los que se haya llegado por medio del psicoanálisis, el microscopio ola ecuación matemática. Por lo tanto, la novela puede ser, a la vez, un medio de investigación psicológica imaginativa y un vehículo para la exhortación moral indirecta. La literatura y la filosofía son tan sólo actividades separadas de la mente humana, en sus

formas más bajas. Ambas son actividades creativas, y la literatura más elevada es filosófica en sus implicaciones, de la misma manera que la filosofía más elevada es literaria en su expresión.

La mayor parte de la ficción y la literatura teatral que se han producido en este país desde la terminación de la segunda guerra mundial, ha sido trivial. La sensibilidad y el encanto se han convertido en el criterio de excelencia, en ausencia de aquellas cualidades que contribuyen a una gran literatura, o sean, la energía, la visión y el poder. Las novelas y obras teatrales que han sido tomadas más en serio son aquellas que expresan un estado de ánimo de desesperanza, inutilidad e impotencia. No hay duda que es el estado de ánimo de la época, pero ese estado de ánimo - confío que el lector de estas páginas lo comprenda ahora- es sintomático de la falta de libertad del hombre contemporáneo, que se considera impotente e inútil precisamente porque le falta la libertad, y le falta la libertad porque carece de estado interior, profundidad, amplitud de comprensión de la existencia. Los escritores que expresan ese estado de ánimo ya no retienen ni siquiera el sentido o sensación de crisis, que poseían los escritores de las décadas de 1930 y 1940: Orwell, Malraux, Huxley,

Koestler, Hemingway, etcétera. Sus obras reflejan ciertamente la crisis, pero ellos no parecen tener conciencia de ella en la forma en que la tenían aquellos escritores mencionados. Y sin embargo, la sensación de crisis es una de las primeras cosas que se necesitan en el escritor de hoy. Este tiene que ver la crisis de nuestra época como una amenaza a la libertad humana, y debe intentar restablecer la libertad de la única manera que ello es posible: profundizando su estado interior y por medio de su visión psicológica, extendiendo los límites de la conciencia.

Es importante distinguir entre la visión de lo absurdo, de algunos escritores franceses contemporáneos, y el sentido de futilidad de sus colegas ingleses. La diferencia entre estos dos es la más importante del mundo, puesto que es la diferencia entre la vida en un estado de tensión dinámica y la vida orientada a sólo uno de los polos de la existencia y que, por lo tanto, ha perdido su intensidad y significado. Los personajes de las novelas y obras teatrales inglesas que tengo en la mente en este instante pertenecen al último de los dos tipos. Han soltado sus manos de la vida. Son fundamentalmente distintos de *l'homme absurde* de Camus, que se da cuenta que tiene que vivir por virtud de lo absurdo, y que si se suicida in-

telectual o físicamente no triunfa sobre lo absurdo (como imaginaba Kirillov, de Dóstoievski), porque lo absurdo desaparece con su acción y sobreviene lo que carece de significado. La visión de lo absurdo es uno de los polos de la existencia. Su correlativo es el polo de la razón y la voluntad de vivir. Mientras el hombre mantenga sujetos en sus manos esos dos polos, completará el circuito, por así decirlo, y la fuerza vital de la vida fluirá por él. Si suelta las manos, se convierte en nada o - lo que equivale casi a lo mismo- en el protagonista de un *best-seller* (el libro que por su éxito alcanza la mayor venta).

He dicho ya que mi creencia más fundamental es que mi único camino a la verdad y la libertad es el de arraigar las polaridades de la existencia firmemente en mi conciencia. Esto define el propósito de toda mi actividad literaria. Toda mi obra está fundada en la premisa psicológica de que por intermedio de sí mismo y en conflicto consigo misma. el hombre alcanza la mayor plenitud de vida, la existencia auténtica, el óptimo desarrollo de su conciencia y, en efecto, la libertad. La división, como ya lo he expresado, es central en el plan psicológico de *Emergence from Chaos*. En mis dos próximos libros me propongo estudiar la causa más frecuente de la división, es

decir, la desesperación, y su expresión más extrema: el demonismo.

La desesperación y el demonismo son, según creo. los temas más importantes y característicos de la psicología literaria en toda la literatura de los signos diecinueve v veinte. Mis dos libros, el primero titulado *The Dialectics of Despeir* (La Dialéctica de la Deseseperación) y el segundo con el título provisional de *The Mark of Cain* (La Marca de Caín), investigaron las variaciones de estos dos temas en la literatura, desde los románticos hasta el día de hoy. Su desarrollo será psicológico, no obstante, y no cronológico. Mi propósito principal no es escribir un estudio de historia literaria, sino mostrar cómo la desesperación y el demonismo pueden ser, respectivamente, el punto de partida para, y la expresión de, la actividad religiosa. Tengo también un propósito subjetivo al escribir esos libros: el de orientarme dentro de la existencia y en mi situación histórica. El último capítulo de *The Dialectics of Despair* llevará por título "The Despair of Europe" (La Desesperación de Europa). Será un nuevo intento de diagnosticar la enfermedad de nuestra época. En mi diagnóstico de esta enfermedad, - creo que señalo cuál es, a mi juicio, la única cura: la actitud religiosa. En estas pági-

nas me he preocupado de intentar la definición de dicha actitud, mostrar cómo se llega a ella y qué creencias la caracterizan.

Un amigo mío, de una generación algo mayor, se mostró sorprendido - y me parece que hasta un poco divertido- de que yo pudiese proyectar con tan aparente confianza para el futuro. El sentimiento de que no existe el futuro es muy común en estos días, en especial entre la generación que intervino en la última guerra y que considera haber perdido su oportunidad - la última- después del conflicto. Ciertamente la perspectiva del futuro no es de las que alientan. a sentirse optimista. Pero es igualmente cierto que, dejándose llevar por un pesimismo sin tensión, empeoramos las cosas. Según yo lo concibo, el deber del escritor y el pensador en nuestra época es trabajar sobre la hipótesis de un futuro, y mostrar las condiciones necesarias para lograr una auténtica existencia. Su primera tarea es conseguir que el hombre sea consciente, y despertarlo a las realidades. Y la vida humana se torna real únicamente cuando establece una relación con lo trascendental. Por lo tanto, el filósofo debe preocuparse, no solamente del futuro de la humanidad en general, es decir, el problema social, sino del futuro del individuo en su as-

pecto eterno: el problema religioso. Tiene que ser un pensador religioso.